



Dos naves con sistemas incompatibles lograron unirse en órbita gracias a un módulo creado especialmente.



El acuerdo político que permitió la misión buscaba reducir tensiones en plena Guerra Fría. El evento fue transmitido en vivo para una audiencia global de cientos de millones de personas.

## A 50 años del histórico apretón de manos que transformó la exploración espacial

» La travesía Apolo-Soyuz de 1975 conectó en órbita dos naves desarrolladas por sistemas casi antagónicos, bajo culturas y lenguajes radicalmente diferentes.

**E**l 17 de julio de 1975 marcó un quiebre en la relación entre Estados Unidos y la entonces Unión Soviética. A 230 kilómetros sobre Francia, Thomas Stafford y Alexei Leonov se dieron la mano a través de la escotilla de un módulo especialmente diseñado, mientras millones de personas seguían la transmisión del evento por televisión. Este gesto fue el resultado de años de negociaciones, tensiones y cambios políticos que desembocaron en la primera misión conjunta de dos potencias rivales, la misión Apolo-Soyuz.

Este apretón de manos no solo fue un símbolo, sino el punto culminante de años de negociaciones, tensiones y transformaciones políticas.

Como recuerda la BBC, Glynn Lunney, con apenas 33 años, había sido elegido para liderar el equipo estadounidense y viajar a Moscú en plena Guerra Fría, apenas meses después de su papel clave en el rescate del Apolo 13.

El encargo fue tan sorprendente como desafiante: pasar de rival directo a embajador técnico y humano de la cooperación, en el contexto de una carrera espacial que hasta entonces fue definida por la competencia feroz y la incertidumbre nucleares.

La década de 1970 ofrecía nuevas posibilidades. La distensión impulsada por el gobierno de Nixon y la búsqueda de un prestigio renovado tras el final abrupto del programa Apolo crearon el terreno ideal para un acercamiento inédito.

Ambas superpotencias atra-

vesaban crisis de reputación internacional; la Unión Soviética tras la invasión de Checoslovaquia, y Estados Unidos a la sombra de Vietnam.

Según The New York Times, esta conjunción de intereses hizo que los líderes políticos pusieran sobre la mesa una misión conjunta cuando la idea aún sonaba inviable: conectar en órbita dos naves desarrolladas por sistemas casi antagónicos, bajo culturas y lenguajes radicalmente diferentes.

La elección de los equipos fue tan simbólica como práctica. Por Estados Unidos, Deke Slayton recibía su primer permiso de vuelo tras una década de espera y problemas cardíacos; por la Unión Soviética, Leonov representaba la hazaña de ser el primer hombre en caminar en el espacio, y una promesa frustrada para la Luna.

El componente humano se volvió fundamental en los años de preparación. Mientras los equipos cruzaban océanos para entrenar juntos en Houston y en Star City, las amistades y anécdotas se multiplicaban: aprendieron idiomas, compartieron cacerías y rituales, e incluso bromeaban sobre acentos y costumbres, recuerda The New York Times.

Pero el reto mayor fue hacer compatibles dos tecnologías que no coincidían casi en nada. Las naves diferían en formas, sistemas de pilotaje y, de manera crítica, en la atmósfera interna: el Apolo operaba con oxígeno puro a baja presión, mientras el Soyuz utilizaba una mezcla de



Thomas Stafford y Alexei Leonov tuvieron que superar barreras idiomáticas y técnicas antes del encuentro.

nitrógeno y oxígeno, similar a la terrestre.

Sólo un módulo de acoplamiento universal, diseñado y construido especialmente para la ocasión en Estados Unidos, permitió la conexión segura y el intercambio de tripulación, como narra Space.

Dos días después de acoplarse, estadounidense y soviéticos compartieron regalos, firmaron certificados oficiales y protagonizaron conferencias para la prensa conectada con Houston y Moscú.

Las actividades conjuntas incluyeron experimentos sobre

gravedad, recorridos televisados de las naves y hasta la creación improvisada de un eclipse solar artificial para observaciones científicas únicas.

La nota de humanidad llegó con el comentario de Leonov sobre la importancia de la compañía en la comida, más allá del menú, consignado por la NASA.

Tras las celebraciones y la expectación mundial, el regreso a casa no estuvo exento de riesgo. Fugas de gases tóxicos en el Apolo forzaron la hospitalización de la tripulación estadounidense tras el amerizaje, aunque la misión ya había sido

saludada como un éxito diplomático y científico.

De acuerdo con CNN, el propio Stafford remarcó que abrir la escotilla fue abrir una nueva era en la historia humana, capaz de superar la rivalidad con un gesto de cooperación.

Si bien el contexto global cambió rápidamente, y nuevas etapas de tensión marcaron los años posteriores, el legado de la misión se consolidó en el imaginario colectivo y en la práctica espacial.

Por Francisco González  
Fuente: Infobae